

Maltrato a la naturaleza y Covid-19

EDUARDO GARCÍA PEREGRÍN

De la Academia de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales de Granada

A medida que se van conociendo más datos sobre el coronavirus y el desarrollo de la pandemia que ha originado, parece más clara su relación con el acelerado proceso de destrucción de la naturaleza que el hombre está llevando a cabo durante los últimos siglos

Por egoísmo hemos fallado en nuestra responsabilidad como custodios y administradores de la tierra... La hemos contaminado, la hemos saqueado, poniendo en peligro nuestra propia vida... Todavía será necesario que nuestros hijos salgan a la calle para enseñarnos lo que es obvio, es decir, que no hay futuro para nosotros si destruimos el ambiente que nos sostiene». Creo que estas palabras del Papa Francisco en el 'Día Internacional de la Madre Tierra' representan una visión certera del pasado, presente y futuro de nuestro comportamiento con la naturaleza.

En efecto, a medida que se van conociendo más datos sobre el coronavirus y el desarrollo de la pandemia que ha originado, parece más clara su relación con el acelerado proceso de destrucción de la naturaleza que el hombre está llevando a cabo durante los últimos siglos. Se sabe que un 75% de la superficie terrestre y un 66% de la marítima ha sido alterada ya por la actividad humana. Su principal resultado ha sido la extinción masiva de especies animales y vegetales, originando una fuerte caída de la biodiversidad. Según el investigador R. Ostfeld, del Instituto Cary de Estudios Ecosistémicos de Estados Unidos, «la pérdida sin precedentes de biodiversidad debido a causas antropológicas tiene impactos profundos en la salud humana... especialmente la exacerbación del riesgo e incidencia de enfermedades infecciosas». En un estudio reciente publicado en la revista 'Nature' se pone de relieve la estrecha relación entre la desaparición de especies de nuestros ecosistemas y la proliferación de diferentes agentes patógenos como bacterias, virus e, incluso, hongos. En efecto, la disminución de especies favorece las zoonosis, es decir, el paso de estos agentes patógenos desde una especie animal a otra, incluida la especie humana. Así se propagaron el SARS de 2002 y la gripe A de 2009. Según la OMS, el 75% de las nuevas enfermedades aparecidas en los últimos cuarenta años tienen su origen en distintos animales, de donde pasan al ser humano. Ese parece haber sido también el caso reciente del virus SARS-CoV-2: un proceso de zoonosis que pudo tener su origen en especies exóticas (murciélagos y pangolines) pero que, en el fondo, está relacionado con la destrucción de los ecosistemas.

Este hecho es una prueba evidente de que nuestra salud depende de la salud del planeta Tierra. Si desde hace más de 15 años se sabe el papel protector de la biodiversidad frente a las zoonosis, ¿que



hemos hecho desde entonces para intentar frenarlas? Las múltiples epidemias que hemos padecido y los brotes más o menos locales del virus del ébola o el de la gripe aviar han debido señalarnos claramente que no podemos seguir reduciendo las especies de nuestro planeta, quedando desprotegidos en gran parte frente a numerosos agentes infecciosos.

Pero yo me atrevería a decir que la situación es mucho más grave de lo que parece si solo nos fijamos en el peligro de las zoonosis. Un estudio dirigido por la Dra. F. Domínguez, de la Escuela de Salud Pública TH Chan de Harvard, ha demostrado que las personas que han vivido en países con un alto grado de contaminación tienen más riesgo de contagiarse con la Covid-19 y presentan mayor mortalidad. Según este estudio, por cada microgramo más de exposición a la dosis permitida, el riesgo se incrementa en un 15%. Otro trabajo realizado por el Dr. Y. Ogen en la Universidad de Halle-Wittenberg de Alemania pone de manifiesto que niveles elevados de dióxido de nitrógeno en el aire pueden estar asociados con un alto número de muertes por el mismo virus, ya que dicho contaminante daña al tracto respiratorio humano. Pero hay más relaciones de este tipo. El cambio climático está produciendo la descongelación del 'permafrost', la capa de suelo permanentemente congelado en el Ártico. Como consecuencia, están apareciendo fósiles del Pleistoceno, a la

vez que se están produciendo emisiones masivas de metano, mercurio tóxico y restos de virus de antiguas enfermedades como el de la 'gripe española' de 1918, el de la viruela y el de la peste bubónica, entre otros muchos hoy desconocidos. Todos ellos mantienen su actividad infecciosa, lo que supone un frente con el que nos vamos a encontrar si sigue produciéndose esa descongelación debido al cambio climático.

Estos son solo algunos ejemplos ya demostrados de lo que el Fondo Mundial para la Naturaleza ha llamado 'efecto boomerang', para señalar como la irrupción del ser humano en la naturaleza se vuelve contra la salud global de nuestro planeta. Este año 2020 iba a ser el 'Año de la Naturaleza', con varias convocatorias mundiales como la Cumbre de la ONU sobre la Naturaleza, el Congreso Mundial de la Conservación, y una Conferencia de la ONU sobre los Océanos. Todos ellos culminarían en una conferencia mundial sobre biodiversidad que acordaría un 'Marco de Biodiversidad Post-2020'. Todos estos planes se han tenido que postponer o cambiar como consecuencia de la pandemia del Covid-19. ¿Sacará la humanidad alguna lección sobre su comportamiento? Mucho se está trabajando para lograr una vacuna, pero como se ha dicho, «la mejor vacuna contra esta pandemia la teníamos delante: es una naturaleza sana» (F. Valladares).